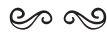


Farsa y justicia del corregidor



ALEJANDRO CASONA

PERSONAJES

EL CORREGIDOR
EL SECRETARIO
EL POSADERO
EL CAZADOR
EL PEREGRINO
EL SASTRE
EL LEÑADOR
UN MINISTRIL
DOS ALGUACILES

UN SOLO ACTO

(Entran el Corregidor y el Secretario de audiencias. Hablan de los vinos y manjares con esa tierna malicia que otros reservan a las confidencias de amor).

Secretario: Por Cristo que no recuerdo haber disfrutado en mi vida semejante banquete. Bien pregona la fama que en cien leguas a la redonda no hay mesa como la del señor corregidor.

CORREGIDOR: Cada edad tiene su pecado capital. A los veinte padecí la lujuria; a los treinta, la ira, y a los cuarenta, la soberbia. Ahora, con mis cincuenta corridos, y antes de que me llegue la avaricia, que es maldición de viejos, bendita sea esta gula que me libra de tantos males y a la que debo tantos bienes.

SECRETARIO : ¿Afirmaría usted que la gula puede ser una virtud?

CORREGIDOR: Sin vacilar. En los años que lleva en mi secretaría, ¿qué le han parecido mis sentencias?

SECRETARIO: Todo el mundo las celebra como la suma de la bondad, de la sabiduría y la justicia.

CORREGIDOR: ¿Y a qué lo atribuye vuestra merced?

SECRETARIO: Ante todo, a vuestro noble corazón.

CORREGIDOR: Error profundo.

SECRETARIO: A vuestro prodigioso cerebro salmantino.

CORREGIDOR: Tampoco, hermano. Todo el secreto está en el estómago. *(Mientras sirve licor que un ministril trae en una bandeja)*. Un hombre bien comido es siempre un hombre bueno. Un hombre bien bebido es siempre un hombre sabio. El día que a Salomón se le ocurrió la idea de partir a un niño en dos, estaba inspirado por una luminosa digestión. *(Le ofrece un vaso y levanta el suyo)*.

SECRETARIO: ¡Por el nuevo Salomón de todas las Españas!

LOS DOS: Salud. *(Beben y restallan las lenguas)*.

SECRETARIO: ¿Tostado?

CORREGIDOR: Demasiado viejo para eso.

SECRETARIO: ¿Solera?

CORREGIDOR: Demasiado joven.

SECRETARIO: Entonces, moscatel.

CORREGIDOR: Tu dixisti.

SECRETARIO: Bendita sea la cepa madre. *(Beben y restallan de nuevo)*. Y ese plato que hemos comido, ¿no podríais decirme de qué dulce milagro estaba hecho?

CORREGIDOR: ¿No lo adivina aún?

SECRETARIO: Por momentos sabía a pernil de monte; por momentos, a muslo de volatería.

CORREGIDOR: Tal vez fueran ambas cosas juntas.
Piense en una.

SECRETARIO: ¿Paloma torcaz?

CORREGIDOR: Demasiado duras; vuelan largo.

SECRETARIO: ¿Perdiz?

CORREGIDOR: Demasiado flojas; vuelan corto.
Piense más alto.

SECRETARIO: ¿Pato salvaje?

CORREGIDOR: Menos popular.

SECRETARIO: ¿Garza?

CORREGIDOR: Más noble aún.

SECRETARIO: ¡Faisán!

CORREGIDOR: ¡Bravo, secretario! Ya está
desvelada la mitad del misterio. ¿Vamos con la
otra mitad? (*Se sientan juntos en plena intimidad
confidencial*).

SECRETARIO: Espera que recuerde. Olía a campo
y a fruta.

CORREGIDOR: Buen principio.

SECRETARIO: El sabor era de muerte reciente y
en sazón, como de cerdo por diciembre.

CORREGIDOR: Cerca anda. Pero ¿y aquella
inocente ternura de manteca?

SECRETARIO: ¿Lechón quizás?

CORREGIDOR: Caliente, caliente. Pero ¿y aquel
sabor de carne perseguida?

SECRETARIO: ¿Venado?

CORREGIDOR: ¡Que se quema!

SECRETARIO: ¿Jabalí?

CORREGIDOR: ¡Lechón de jabalí con salsa de
ciruelas!

SECRETARIO: ¡Alabado sea el Santísimo! ¿Y qué
espera el cabildo para levantar una estatua a
vuestra cocinera?

CORREGIDOR: ¿Cocinera? Si mi cocinera fuera capaz de tal prodigio, ya hace tiempo que sería mi esposa. La cocina artística está reservada al genio del hombre. Y entre todos los llamados solo hay un elegido...

SECRETARIO: ¿Cómo es que no lo vi antes? No digas más: ¡Juan Blas el posadero!

CORREGIDOR: ¡Juan Blas el de las manos de oro!

SECRETARIO: Ahora comprendo todo.

CORREGIDOR: Todo no. Todavía queda un detalle sutil. *(Se acerca más. Baja la voz)*. ¿No percibió en el asado cierto aroma furtivo ...?

SECRETARIO: Sí, por cierto; un tufillo inquietante.

CORREGIDOR: ¡Ay!... Era el perfume del pecado.

SECRETARIO: ¿Qué pecado?

CORREGIDOR: Míreme bien a los ojos. ¿Soy yo un hombre honrado?

SECRETARIO: El más honrado, el más justo, el más incorruptible.

CORREGIDOR: Pues bien, hermano; eso que acabamos de comer juntos era el producto de un robo.

SECRETARIO: ¡Imposible! ¿Su señoría robando?

CORREGIDOR: Yo pecador.

SECRETARIO: ¿Y yo vuestro cómplice? ¿Yo vuestro encubridor por una hora de gula?

CORREGIDOR: Es mi talón de Aquiles. Póngame delante una sonrisa de joven o una lágrima de viuda y me verá impávido. Póngame a los pies todo el oro del mundo y no me verá doblar la vara de la justicia. Pero no me ponga un lechón de jabalí con salsa de ciruelas porque soy hombre al agua. *(Levanta su vaso)*. ¡Por Juan Blas el posadero, que Dios me conserve por los siglos de los siglos!

SECRETARIO: Amén. *(Chocan y beben. Se oyen fuera dos tiros, gritos lejanos y la voz de Juan Blas, que llega corriendo)*.

Voz : ¡Socorro! ¡Favor!

ALGUACILES: *(Deteniéndolo).* ¡Alto!

POSADERO: ¡Que me matan! ¡Piedad para un inocente!

SECRETARIO: ¡Dios! ¿No es Juan Blas el posadero en persona?

CORREGIDOR: ¡Dejadle paso!

(LOS ALGUACILES SE APARTAN. JUAN BLAS CAE DE RODILLAS, TEMBLANDO, A LOS PIES DEL CORREGIDOR).

Posadero: *¡Por su alma, señor corregidor, sálveme! ¡Cuatro hombres me vienen persiguiendo, dispuestos a arrancarme el pellejo!*

CORREGIDOR: ¿En mi presencia?

POSADERO: Con la furia que traen son capaces de todo. *(Se oye el griterío llegando a la puerta).* ¡Ahí están! ¡Muerto soy si la justicia no me ampara!

CORREGIDOR: Pronto, secretario, detenga a esos hombres. Y que no entre nadie hasta que yo lo ordene. *(Salen el Secretario y los Alguaciles, cerrando la puerta. Fuera va calmándose el tumulto).* Tranquilízate, hijo mío. ¿Por qué te persiguen?

POSADERO: Por cuatro cosas en que no tengo culpa: un robo, un mal parto, cuatro costillas rotas y un rabo de burro.

CORREGIDOR: Nunca escuché juntos tan extraños delitos. Explícate.

POSADERO: Lo del robo, mejor lo sabe su señoría que yo. Es aquel lechón de jabalí que me hizo traerle esta mañana. ¡Imagínese cómo se puso el cazador cuando volvió a buscarlo y se encontró con las manos vacías!

CORREGIDOR: Era de esperar. Pero ¿no le dijiste que el lechón se había escapado del horno como te mandé?

POSADERO: ¡Y mejor no lo hubiera dicho! Echó mano a la escopeta jurando como un demonio, y si no pongo pies en polvorosa a estas horas está su señoría hablando con un cadáver.

CORREGIDOR: Comprendo lo del cazador. Pero ¿y los otros?

POSADERO: Todo lo enredó mi mala estrella.
Huyendo del cazador, le rompí cuatro costillas
a un peregrino; huyendo del peregrino,
atropellé a la mujer del sastre, que estaba
embarazada; y huyendo del sastre ocurrió la
desgracia más sangrienta

CORREGIDOR: ¿Qué desgracia es esa?

POSADERO: El burro del leñador. Era mi única
salvación para escapar, pero el maldito animal
se echó al suelo ; yo quise levantarlo a la fuerza
tirándole del rabo, y él que no, yo que sí... tanto
tiramós los dos que me quedé con el rabo entre
las manos. Y ahí están los cuatro pidiendo a
gritos mi cabeza. ¡Defiéndame, señor!

CORREGIDOR: Calma, Juan Blas, calma. Difícil es
tu caso, pero soy hombre agradecido y ¡mal
potaje de nabos me dé Dios si no te salvo!
Que más le valiera a la república perder sus
monumentos y su historia que perder un
cocinero como tú.

POSADERO: *(Besándole las manos)*. ¡Gracias,
señor, gracias!

**(EL CORREGIDOR SUBE AL ESTRADO Y AGITA LA
CAMPANILLA. SE ABRE LA PUERTA).**

Corregidor: Que pasen los querellantes.

**(ENTRAN EN TROPEL, DETRÁS DEL SECRETARIO, EL
CAZADOR CON SU PLUMA Y ESCOPETA, EL PEREGRINO
CON SU BORDÓN Y CONCHAS SANTIAGUESAS, EL SASTRE
CON SUS ENORMES TIJERAS Y EL LEÑADOR CON SU
RABO DE ASNO).**

Cazador: Ahí está el ladrón. ¡A la picota!

SASTRE: El asesino de niños. ¡A la horca!

PEREGRINO: Mis costillas... ¡ay, mis pobres
costillas!

LEÑADOR: Mi pollino querido... mi compañero de
fatigas. ¡Mire, señor, este triste despojo!

Todos: ¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR: *(Imponiéndose a campanillazos).*
¡Silencio todos! Siéntese el acusado. Siéntense los querellantes. Y oigamos en derecho a las dos partes. *(Alza el brazo, en actitud solemne).*
En el nombre del Padre, etcétera, etcétera, ¿juran todos decir, etcétera, etcétera?

TODOS: ¡Juramos!

CORREGIDOR: Queda abierta la audiencia. Escriba, secretario. *(Se sienta. Los cuatro acusadores vuelven a alborotarse).*

CAZADOR: ¡Cien latigazos a ese ladrón!

PEREGRINO: ¡Mis costillas... mis costillas!

SASTRE: ¡Venganza para un padre malogrado!

LEÑADOR: ¡Justicia contra ese arrancador de rabos inocentes! *(Llora besando y acariciando su despojo. Campanillazos).*

CORREGIDOR: ¡Silencio, repito, o hago desalojar la sala! Que hable el primero.

CAZADOR: *(Se levanta).* Yo, señor, soy cazador de oficio. Esta mañana salí temprano al monte y tuve la fortuna de cazar un faisán y un lechón de jabalí que, juntamente con una libra de ciruelas, llevé al horno de este enemigo público. Tres horas después vuelvo con la boca hecha agua a reclamar mi guiso y ¿sabe su señoría con qué cuento me sale el muy bribón? ¡Que se atreva a repetirlo delante de la justicia!

CORREGIDOR: Conteste el reo. ¿Dónde están las ciruelas?

POSADERO: Se las comió el faisán.

CORREGIDOR: ¿Y el faisán?

POSADERO: Se lo comió el jabalí.

CORREGIDOR: ¿Y el jabalí?

POSADERO: No hice más que abrir el horno y echó a correr hacia el monte como una centella.

CAZADOR: ¿Cuándo se ha visto mayor desvergüenza? Encima del robo, el embuste. ¿No es para mandarlo al garrote de cabeza?

CORREGIDOR: Calma, cazador, que la ira es mala consejera. Juzguemos serenamente. Por lo pronto, las tres afirmaciones que ha hecho el acusado podrán ser sospechosas, pero en principio son indiscutibles. ¿Puede alguien negar que un faisán coma ciruelas?

CAZADOR: Eso no.

CORREGIDOR: ¿Puede alguien negar que un jabalí coma faisanes?

CAZADOR: Tampoco.

CORREGIDOR: ¿Y puede alguien negar que un animal de monte tire al monte?

CAZADOR: Pero, señor corregidor, es imposible. El jabalí estaba muerto y bien muerto.

CORREGIDOR: ¡Nada hay imposible ante la voluntad de Dios! Muerta estaba la hija de Jairo cuando le fue dicho: «¡Dormida estás, despierta!».

SECRETARIO: San Mateo, capítulo 9, versículo 25.

CORREGIDOR: Muerto y bien muerto estaba Lázaro cuando le fue dicho: «Levántate y anda».

SECRETARIO: San Juan, capítulo 11, versículo 43.

CORREGIDOR: ¿Vas a poner en duda los santos Evangelios?

CAZADOR: ¿Qué importan ahora san Juan y san Mateo?

CORREGIDOR: ¿Cómo que no importan? ¡Anote, secretario!

SECRETARIO: Anoto. (*Escribe vertiginosamente*).

CAZADOR: De lo que se trata aquí es de Juan Blas el posadero. Y yo afirmo que un posadero no puede hacer milagros.

CORREGIDOR: ¡Imprudencia temeraria! ¿No tienen acaso todos los posaderos del mundo el don de transformar el agua en vino como en las bodas de Caná? ¡Anote!

SECRETARIO: Anoto.

CAZADOR: Yo no hablo de agua ni de vino, sino de mi jabalí al horno. ¡Y lo que yo digo es que la carne al horno muerta está y muerta se queda para siempre!

CORREGIDOR: ¿Qué dices, insensato? ¿Serás también capaz de negar la resurrección de la carne? ¡Anoté, secretario!

SECRETARIO: Anoto.

CAZADOR: Pero señor corregidor...

CORREGIDOR: (Al cazador). ¡Silencio! (Al secretario). ¿Anotó?

SECRETARIO: Anoté.

CORREGIDOR: Lea el folio.

SECRETARIO: Primero: el deponente confiesa ser cazador de oficio, con desprecio evidente del quinto mandamiento: No matarás. Segundo: declara impudicamente no importarle un rábano los Santos Testimonios y las bodas de Caná. Tercero: manifiesta abiertas dudas y recelos sobre el dogma de la resurrección. Cuarto...

CORREGIDOR: Suficiente. Lo siento por ti, hijo mío. Podría perdonarte que hayas tratado de difamar a un honrado ciudadano sin pruebas ni testigos, y hasta que hayas penetrado con armas en el templo de la Justicia. Pero esta herejía no habrá más remedio que someterla a la Santa Inquisición.

CAZADOR: ¿La Inquisición? (Cae de rodillas). ¡Misericordia, señor! Yo abjuro, reniego y me retracto de todo lo dicho. ¡Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa!

CORREGIDOR: ¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO: Por mi parte, puede ir en paz. Yo lo perdono.

CAZADOR: Gracias, hermano Blas. Gracias, señor.

CORREGIDOR: *(Agita la campanilla y se levanta para sentenciar. Todos en pie).* Vista la conciliación de las partes, devuélvase al posadero la honra y fama que se le había quitado. El primer faisán y el primer jabalí que cobre el cazador tráigalos a este tribunal como descargo, y previo el pago de veinte reales para ayuda de costas, ásease, condiméntese y sírvase. ¡Digo! ¡Sobreséase, lácrese y archívese! *(Nuevo campanillazo. Se sientan todos).* Que hable el segundo. *(El Cazador vuelve a su sitio y se levanta el Peregrino).*

PEREGRINO: Yo, señor, soy un pobre peregrino de vuelta de Compostela. Estaba en la iglesia rezando santamente mi rosario cuando siento allá arriba en el coro un estrépito de carreras y alaridos. No hago más que levantar los ojos creyendo que se hundía el firmamento, y de repente este posadero del infierno se me desploma encima, rompiéndome cuatro costillas. ¿Qué va a ser ahora de mí, viejo y tullido? ¡Justicia en nombre del cielo!

CORREGIDOR: *(Encarando, furioso, al Posadero).* ¡Ah, bestia del Apocalipsis! ¿A un anciano bendito del Apóstol en plena oración y en plena iglesia? ¿Cómo puedes disculpar tal sacrilegio?

POSADERO: Yo iba ciego de terror y entré en el sagrado lugar buscando refugio. El cazador me persiguió con la escopeta escaleras arriba. No me quedaba otra salida que saltar la baranda. Entonces cerré los ojos y... ¡zas! ¿Quién podía imaginarse que este santo varón estuviera debajo?

CORREGIDOR: ¡Basta! Has incurrido en pecado de profanación y la ley ha de ser implacable. ¡Ojo por ojo, costilla por costilla! Vete ahora mismo a la iglesia y arrodíllate a rezar el rosario. Tú, peregrino, súbete al coro, cierra los ojos y tírate sin miedo encima de él.

PEREGRINO: Pero, señor corregidor, ¡son siete varas de altura!

CORREGIDOR: Mejor: cuanto más alto el coro, mayor será el castigo.

PEREGRINO: ¿Y si no atino y caigo en las baldosas?
¿Y si en lugar de sus costillas se rompen otras
cuatro de las mías?

CORREGIDOR: ¡Cómo, hombre de poca fe! ¿Vas a
dudar del juicio de Dios?

PEREGRINO: ¡No! No es la fe lo que me falta.
Pero, pensándolo bien, con las costillas que
me quedan todavía puedo arreglarme. ¡Y es
tan cristiano sufrir y perdonar! Si el señor lo
permite, prefiero retirar la demanda.

CORREGIDOR: ¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO: Nada, señor.

CORREGIDOR: En ese caso... (*Campanillazo y todos
en pie*). Visto el mutuo consenso y la cristiana
renunciación del demandante, por esta sola
vez, y sin que sirva de precedente, autorícese
al peregrino a seguir viaje, libre de toda costa.
Sobreséase, lácrese y archívese. (*Se sientan*).
Que hable el tercero. (*Vuelve a su sitio el
Peregrino y se levanta el Sastre*).

SASTRE: Yo, señor, soy sastre de tijera, como
puede verse. Hace siete años que me casé
soñando con un hijo a quien dejar mi oficio
y mis ahorros, pero el fruto esperado no
llegaba. Nos pasábamos las noches enteras
rezando juntos y nada. Las comadres acudían
con hierbas y remedios, y nada. La llevé a las
benditas aguas de San Serenín del Monte y
tampoco. Ya empezaba a desesperar, cuando
por fin el milagro se hizo. ¡Imagínese mi gozo!
Día por día le medía la cintura, bendiciendo
cada nueva pulgada y considerándome el más
feliz de los sastres padres...

CORREGIDOR: Conmovedora historia, pero al
grano.

SASTRE: Pues el grano fue que este mediodía
íbamos juntos a la iglesia a dar gracias al cielo
por nuestro milagro cuando, de repente, la
puerta se abre de golpe, esta bestia sale como
una tromba estrellándose contra mi mujer, y
entre el encontronazo y el espanto, ¡mi trabajo
de siete años perdido en un minuto! ¡Justicia
contra el asesino!

POSADERO: ¡Soy inocente! Si yo hubiera sabido que tu mujer estaba encinta, antes me hubiera dejado arrancar los ojos que rozarla siquiera. ¡Perdón, hermano sastre!

SASTRE: Nada se arregla con perdones. Esta mañana yo era un hombre feliz y ahora soy un desdichado. Esta mañana mi mujer estaba llena y redonda como una manzana, y ahora está floja y escurrida como una pasa. ¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR: ¡Ah, miserable posadero! ¡De esta sí que no te salvas! Llévate a tu casa a la mujer de este buen hombre, y no descanses hasta devolvérsela llena y redonda como estaba. ¡Pronto!

POSADERO: (*Levantándose resuelto*). ¡Vamos!

SASTRE: ¡Alto ahí, posadero! ¡Protesto la sentencia!

CORREGIDOR: Protesta rechazada. Si este infame te ha arruinado una cosecha, ¿no es justo que te devuelva otra?

SASTRE: Me niego. ¡Es una injusticia!

CORREGIDOR: ¿Insulto a la autoridad? ¡Veinte reales de multa por desacato al tribunal!
(*El Secretario escribe vertiginosamente consumiendo folios*).

SASTRE: No me importa el precio. ¡Todos mis ahorros con tal de ver a ese desalmado en la picota!

CORREGIDOR: ¿Intento de soborno? ¡Cuarenta reales!

SASTRE: (*Desesperado, buscando amparo en la conciencia popular*). ¿Oyen esto, vecinos? ¿Puede consentirse este atropello?

CORREGIDOR: ¿Incitación a la rebelión? ¡Ochenta reales!

SASTRE: ¡Apelaré a Su Majestad! ¡Si es necesario, llegaré hasta Roma!

CORREGIDOR: ¿Colaboración con una potencia extranjera? ¡Ciento sesenta reales! ¿Tienes algo más que alegar?

SASTRE: *(Calmándose de repente)*. Nada, señor corregidor, muchas gracias. Solo quisiera hacer constar humildemente –sin alevosía ni ensañamiento, sepa vuestra señoría– que, en cuanto al posadero, renuncio a toda restitución en especie. Mis cosechas prefiero sembrármelas yo mismo.

CORREGIDOR: Puesto así, puede considerarse. ¿Está de acuerdo el acusado?

POSADERO: De acuerdo.

CORREGIDOR: Conciliadas las partes.
(Campanillazo y en pie). Veinte, cuarenta, ochenta y ciento sesenta... son trescientos reales redondos. Páguese, cóbrese y embólsese. *(Se sientan)*. Que hable el cuarto demandante. *(El Leñador se levanta confuso, escondiendo su rabo. Vacila. De pronto echa a correr hacia la puerta. Los Alguaciles le cierran el paso)*. ¡Alto! ¿Adónde va ese loco? Hable ya, hombre.

LEÑADOR: Es tarde y tengo que llevar mi leña al mercado.

CORREGIDOR: Aguarda, hijo. Primero tienes derecho a que se te escuche y se te haga justicia. ¿No traías una acusación contra ese maldito posadero?

LEÑADOR: ¿Una acusación yo? ¡Jamás! Yo juro y perjuro por toda la corte celestial que mi burro nació sin rabo, que toda su vida vivió sin rabo, y que sin rabo ha de morir en paz y en gracia de Dios. ¡Con licencia, señor corregidor! *(Sale corriendo)*.

TELÓN